

# ¿Cómo analizar una situación de campo? Avatares de la reflexividad cuando se la toma en serio

HOW DO WE ANALYZE A FIELD SITUATION? THE WHEREABOUTS OF REFLEXIVITY TAKEN SERIOUSLY

**Rosana Guber<sup>1</sup>**

## ABSTRACT

This paper re-analyzes a harsh situation undergone by the author in her earliest fieldwork with Malvinas/Falklands war vets. Here she maintains that ethnographic fieldwork is neither a means to collect information, nor a way to get more experience by “being there”. Rather, ethnographic fieldwork is research itself and a key dimension of the entire process. Therefore, the author reveals how she dealt with her expulsion four years after she started fieldwork, and makes clear that anthropologists do fieldwork in order to learn how can a certain kind of people on a specific topic and under certain circumstances be known. To do this, researchers need to acknowledge both their own reflexivity and that of their interlocutors. In so doing, researchers learn how to work with, how to describe and how to know them better, while

---

<sup>1</sup> Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/CIS-IDES.

interlocutors learn how to communicate their own perspectives to this strange kind of being, anthropologists.

KEYWORD: Fieldwork – Ethnography – Malvinas/Falklands – Reflexivity

## RESUMEN

Este artículo re-analiza una difícil situación atravesada por la autora durante su primer trabajo de campo con veteranos de la guerra de Malvinas/Falklands. Aquí sostiene que el trabajo de campo etnográfico no sirve para recolectar información, ni para ganar nuevas experiencias “estando ahí”. El trabajo de campo etnográfico es la investigación misma y una dimensión clave de todo el proceso de conocimiento. Por eso, la autora revela qué hizo con su expulsión del campo cuatro años después de haberlo iniciado, y pone en claro que los antropólogos hacen trabajo de campo para aprender cómo conocer a cierto tipo de gente acerca de cierto tema, en determinadas circunstancias. Para ello, los investigadores necesitan reconocer su propia reflexividad y la de sus interlocutores. Al hacerlo, aprenden a trabajar con, a describir y a conocerlos mejor, mientras sus interlocutores aprenden cómo comunicarle sus perspectivas a estos seres extraños, los antropólogos.

PALABRAS CLAVE: Trabajo de campo – Etnografía – Malvinas/Falklands - Reflexividad

En 1994 redacté un artículo que exponía un incidente que había atravesado en mi trabajo de campo el año anterior. Ese artículo proponía un modo de análisis de situaciones de campo. El impulso que me llevó a escribirlo, sin embargo, no fue

exactamente ese. En realidad, fue una forma de “hacer algo” con mi expulsión de la ceremonia anual más importante del movimiento de ex soldados de la Guerra de Malvinas, ocurrida entre la Argentina y Gran Bretaña entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982. En 1993 la ceremonia se realizó el 6 de abril, para lograr reunir a la mayor cantidad de centros de ex soldados del país y respetar las ceremonias que cada centro llevaba a cabo en sus respectivas localidades el día 2. La segunda razón que me llevó a escribir fue que hacía tres años (1991) había logrado publicar *El Salvaje Metropolitano*, una especie de manual/anti-manual de trabajo de campo etnográfico que terminé de redactar en 1988, antes de ir a cursar mi doctorado en EE.UU. El concepto nuclear de la anti-manualidad de *El Salvaje* era que cuando hacemos trabajo de campo en antropología, no recolectamos información o datos, ni nos limitamos a tener experiencias “estando ahí”. Cuando hacemos trabajo de campo hacemos la investigación misma o, en verdad, una dimensión tremendamente sustantiva y crucial de dicho proceso. Lo que quiero decir, y es el objetivo principal de estas páginas, es que no hacemos trabajo de campo etnográfico para obtener información; **hacemos trabajo de campo para aprender a investigar a gente específica en determinada temática y atravesando cierta realidad**. Para lograr este aprendizaje y su conocimiento resultante es nuclear la reflexividad, noción acuñada por la etno-metodología norteamericana (de la costa oeste, es decir, de la nueva academia sociológica de EE.UU.) en los años 1950. Algunas décadas más tarde ese concepto fue siendo reflatado, reelaborado y reutilizado con distintos contornos, requerimientos y efectos, principalmente en los EE.UU. de fines de los '80 y la década de los '90 del siglo pasado, pero también en Francia (Pierre Bourdieu y Wacquant 1992) y en la Argentina (ver

referencias en Guber 2014). En mi desarrollo retomo particularmente la contribución de Charles Briggs en su magnífico libro *Learning how to ask* (1986) donde muestra cómo operamos nuestras reflexividades en contextos de entrevista.

Ahora bien, pese a que *El salvaje* está repleto de situaciones de campo, éstas son presentadas de manera puntual, a modo de ejemplos, y no como parte de sus respectivas investigaciones. De manera que sustentar el análisis de una situación de campo como parte de un proceso de investigación utilizando el (algún) concepto de reflexividad seguía pendiente para mí. En los tres años que residí en los EE.UU. me encontré con una profusión de textos metodológicos, algunos de ellos clásicos (Wax 1970, J.Briggs 1970, Powdermaker 1966) y otros más recientes (Agar 1980) algunos nacidos al compás del giro posmoderno, que analizaban las situaciones de trabajo de campo (Rabinow 1977, Crapanzano 1980, Clifford & Marcus 1986, etc.). Esos análisis a veces servían para mostrar algún aspecto de la persona del investigador, o para mostrar la superación de un obstáculo, o para tratar dilemas éticos, o para introducir un aspecto oculto o silenciado hasta entonces. En estos análisis las investigadoras, que superaban históricamente a los investigadores, aparecían a menudo como seres externos a los mundos que estudiaban, y sobre todo como decidiendo unilateralmente qué de sus personas era relevante para sus informantes. La edad y el género eran los rasgos más importantes, a los que seguían su procedencia occidental, universitaria y académica (Golde 1970). Sin embargo, lo que no terminaba de comprenderse, ni de analizarse era cómo una situación de campo generada, acaso, por la juventud blanca y femenina de la etnógrafa podía decir algo sobre el objetivo de la investigación y llegar a cuestionar no sólo a la persona de la

investigadora sino también, y fundamentalmente, cuestionar algo del marco referencial habitual de la investigadora en tanto académica y en tanto ciudadana. Lo que más me llamaba la atención era que los escritos sobre situaciones de trabajo de campo no eran descripciones sistemáticas, etnográficas, holísticas de dichas situaciones, sino dictadas por la agenda moral-política de la investigadora, más que por el mundo al que la investigadora quería conocer. Me parece que la diferencia radicaba en una noción errática, fuese o no explícita, de la reflexividad. Con el tiempo esta noción ganó fama y presencia en paralelo con el *boom* etnográfico, pero no por ello ganó claridad o especificidad. Quisiera aprovechar este espacio para explicitar cómo entiendo, prácticamente, la noción de reflexividad y por qué sigo creyendo que esta concepción puede ayudarnos a iluminar nuestros propios procesos de investigación.

## UNA SITUACIÓN DE CAMPO

Una de las particularidades del trabajo de campo con personas—e incluyo aquí a los cualitativos y cuantitativos—es su capacidad de sorprendernos. Esa sorpresa puede ser interpretada por el investigador de varias maneras: como la puesta a prueba del instrumento de recolección de datos, como un error cometido por la débil formación teórica y/o metodológica del investigador, como la expresión de una dificultad que corresponde a la idiosincrasia del investigador; como aspecto o dimensión desconocida; etc. Lo cierto es que el trabajo de campo con personas vivas siempre tiene sus vueltas y los equipos investigadores y de evaluación de investigaciones lo saben. Precisamente por las demandas de

previsibilidad, confiabilidad y validez de los conocimientos producidos bajo el rótulo de “científicos”, los equipos de investigación y los docentes de metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales han intentado una y otra vez domesticar nuestros campos y cuanto ocurre en ellos, especialmente ante nuestra presencia. Claro que, independientemente de los deseos imaginarios de la academia, esa domesticación jamás es completa, lo cual no impide que sigamos imaginándola como posible. Que así lo creamos es bueno en algunos momentos del proceso y es malo en otros. Cuando echamos a andar una investigación debemos comunicarle a otros colegas (tribunales, jurados, directores de tesis, entidades financiadoras) qué queremos saber, sobre qué líneas pensamos sería más fructífero saberlo y en qué estaríamos contribuyendo a los saberes existentes, etc. Por el momento, sólo importa que la agenda, la perspectiva y los objetivos del equipo de investigación puedan sostenerse al principio y hasta que arranquemos. Varias son las expresiones de nuestros esfuerzos para controlar lo que ocurra en el campo: la hipótesis; la pregunta de investigación; el problema planteado; el marco teórico; los métodos. Estos preceptos y acápites que pueblan los proyectos de investigación están dictados desde la perspectiva y el interés académicos y, por lo tanto, deben cumplir con ciertos requisitos, el principal de los cuales es ser comprendido por otros académicos. Pero la cosa cambia cuando se interponen otros interlocutores que, por lo general, no comparten nuestra profesión ni nuestros objetivos (y si los comparten producen un giro fenomenal, como sucede con otros grupos sociales. Este punto será objeto de otro artículo donde intentaré comparar el trabajo de campo etnográfico con

veteranos de guerra de profesión militar y veteranos de las ciencias sociales de profesión antropológica).

Ahora bien: ¿por qué digo “la cosa cambia cuando emergen otros interlocutores”? ¿Acaso porque nos cuentan cosas que desconocíamos? ¿Porque nos mienten sistemáticamente y debemos bucear en la verdad, a través de alguna vigilancia? Veamos.

Habiendo transcurrido 2 años de trabajo de campo continuo más dos años y medio previos de idas y vueltas al y en el campo, fui expulsada de una ceremonia en la 11<sup>ª</sup> recordación del 2 de abril (1993) por la esposa de un dirigente del movimiento de ex soldados auto-denominados “veteranos de guerra” de la Guerra de Malvinas, dirigente que yo conocía desde el mismísimo comienzo de mi trabajo, es decir, desde el 8 de julio de 1989. Lo bueno, creí, es que él participaba del mismo espacio político que un connotado colega que me conocía desde hacía varios años. Pero la expulsión, realizada con la anuencia del mismo dirigente, fue pronunciada con la acusación a mi persona, de pertenecer a los Servicios de Inteligencia del Estado argentino, entonces llamada SIDE. Yo tenía, por entonces, 31 años de edad y empezaba a elaborar mi tesis doctoral sobre la conformación de una nueva identidad social en la Argentina, la de aquellos connacionales que habían participado en el conflicto anglo-argentino de 1982 como soldados conscriptos, en su mayoría clase (nacidos en los años) 1962 y 1963. Cuando empecé no tenía muy claro si trabajaría con ex soldados o también con oficiales y suboficiales que fueran,

como ellos se auto-denominan, “veteranos de guerra”<sup>2</sup>, pero ciertamente los ex soldados civiles conscriptos tendrían un lugar muy especial. En 1993 ya tenía un poco más claro el panorama y pensaba cerrar pronto mi trabajo de campo. Mi idea ya era trabajar con los modos en que ex soldados y militares recordaban la guerra, en contraposición al arco político y a la población civil que se esmeraba en “recordar” Malvinas como la extensión de los campos clandestinos de detención. No era esto lo que yo escuchaba ni de los militares (lo cual era previsible) ni de la mayoría de los ex soldados (algunas agrupaciones realizaban denuncias por malos tratos en las Islas y no admitían en su seno a suboficiales y oficiales, aunque estuvieran retirados).

Mi tesis inicial era la continuación de una idea que yo misma había expresado en un artículo redactado en 1989 sobre el secuestro y desaparición de las manos del Teniente General Juan D. Perón (publicado en 1996 como “Las manos de la memoria”). Pensaba (y todavía pienso) que la memoria social en la Argentina procede como la sucesión de capas geológicas al modo en que las postulaba George Cuvier a comienzos del siglo XIX. Pero en vez de capas geológicas, en la Argentina cada período político es concebido como una capa precedida y sucedida por una catástrofe. Tiempo después encontré que el politólogo Guillermo O’Donell se refería a los procesos de apertura democrática en la

---

<sup>2</sup> Fui aprendiendo rápidamente que algunos centros de ex soldados no admitían la expresión “veterano de guerra” por estar asociada con los militares profesionales. Entonces se auto-denominaban “ex soldados combatientes” o “ex combatientes” y, de hecho, cuando la sociedad se refiere a quienes fueron soldados en las islas en el 82, habla de ex combatientes. Otras agrupaciones, en cambio, prefieren la denominación usual de “veteranos de guerra”, en parte porque los identifica con las FF.AA. (ver Guber 2004/2012).



Argentina como “democratización por colapso”, lo cual me convencía aún más de mi intuición. Así, cuando yo hablaba de memoria social (y por lo tanto, política), no me refería a la identidad entre el momento del recuerdo (presente) y el momento recordado (pasado). Tampoco me refería a una memoria social pre-definida como “en disputa” o “inherentemente política”, sino como un modo específicamente argentino, acorde con su historia político-social, de recordar y, por consiguiente, de hacer política con la memoria. La remanida frase de “memorias en disputa”, que comenzaba a circular por nuestro medio académico, me parecía adecuada pero insuficiente. No en todas partes el pasado está tan presente ni de la misma manera ni con los mismos efectos. Por eso, siempre creí que hablar de “historia reciente” era, cuanto menos, una expresión sesgada por el gremio de los historiadores que, en otras épocas, preferían trabajar sobre el pasado distante. Cuando empecé a trabajar en una villa miseria en 1982 (el año de la guerra) buena parte de los niños y los jóvenes se llamaba Juan Manuel. En muchos casos, sus padres eran confesos peronistas y habían elegido el nombre por Juan Manuel de Rosas, que gobernó la Provincia de Buenos Aires a mediados del siglo XIX. En tiempos de proscripción peronista (1955-1973), hablar de Rosas era lo mismo que hablar de Perón (en una línea histórica anti-liberal que unía a San Martín, a Rosas y a Perón) y, para el anti-peronismo, era igualmente reprochable. En suma: mi tesis inicial se refería al modo que teníamos en la Argentina de concebir el pasado e imbuirlo de una extraordinaria vigencia. En eso estaba cuando la esposa del dirigente me echó de la Plaza de Mayo, afuera de la Catedral Metropolitana, cuando estaba por comenzar las misa por los 11 años de la “ocupación”/“recuperación”/“invasión” argentina de las Islas Malvinas.

Acusaciones como la que recibí de manera directísima aquel 6 de abril eran bastante corrientes en aquellos tiempos en y entre las organizaciones de ex soldados (como lo habían sido en el medio académico especialmente en los años '70). Sin embargo, y salvo una que otra insinuación o sospecha que se desvanecían con el tiempo y con mis propias actividades de investigación—conversar, estar, acompañar, marchar, leer—nunca me habían dicho en la cara que yo fuera “Servicio”. Ante la bofetada inesperada en el escenario de una conmemoración pública, sólo atiné a distanciarme y acompañar desde la periferia la misa, luego una marcha hacia el Cenotafio de la Plaza San Martín<sup>3</sup>, y finalmente el acto de cierre. Llegada a mi casa me dispuse a escribir para entender, para verme, para ver mi trabajo de campo, para comprender mis ansiedades y con una mínima ilusión de que todo esto sirviera para mi tesis doctoral. ¿Cómo, habiendo sido expulsada del campo, podría yo argumentar que lo conocía y que tenía la autoridad suficiente para escribir sobre ellos, si acababan de echarme con una acusación que, yo sabía, era falsa? Habiendo escrito y publicado una especie de manual de método etnográfico, ¿cómo había incurrido en tamaño error? ¿Cuál era ese error? Es verdad que podría haberme callado el incidente y nadie se hubiese enterado del asunto. Sin embargo, intuí que el incidente me presentaba una gran oportunidad.

Eso que empecé a escribir la noche del 6 de abril del '93, que redacté como ponencia para las i Jornadas de Etnografía y

---

<sup>3</sup> Cenotafio significa “tumba vacía”. El de Plaza San Martín, distrito ferro-portuario de la ciudad de Buenos Aires, consiste en una serie de placas de mármol con los nombres de los 649 muertos en 1982 dispuestos en un orden aleatorio (ver Guber 2001).

Métodos Cualitativos (1994) que organizamos hasta la actualidad y cada tres años en el IDES, y que publiqué en 1995 como “Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo” en la revista de antropología *Publicar en antropología y ciencias sociales* del Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, significó para mí una elaboración que daba continuidad a *El salvaje*, pero esta vez de manera más concreta y etnográfica. En ese volumen intentaba no sólo comunicarle a mis colegas y estudiantes de antropología y ciencias sociales en qué consistía el trabajo de campo etnográfico, sino también demostrar que las instancias de trabajo de campo son mucho más que la “recolección de datos”; son las situaciones en las cuales los investigadores aprendemos a entender formas específicas de vivir y de pensar. Ese aprendizaje no se limita a la lectura de teóricos ni a la realización de X horas de entrevistas, sino que se extiende a todas las situaciones de interacción posibles que involucran, en tensión constante, a la persona íntegra del investigador: la disciplina en la que se formó y entrenó, sus concepciones políticas y sociales, sus temores, repulsiones y encantos, sus historias y condiciones personales, su lugar en la sociedad como académico, estudiante, científico social, antropólogo, universitario, etc. Esta persona íntegra, que comparece también íntegramente ante sus interlocutores, se pone en juego de maneras inesperadas porque sus interlocutores destacan algunos aspectos y permanecen indiferentes ante otros. No fue mi carácter de investigadora, ni mi carga teórica lo que observaron mis detractores, sino mi posición en el Estado (aunque debo admitir que formaba parte de la *intelligentsia* estatal en mi carácter de investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas CONICET, desde 1985). Desde entonces y hasta la actualidad, hice varios ejercicios analizando situaciones de

campo. En estas páginas me gustaría mostrar cómo hice esos ejercicios, es decir, cómo el análisis sobre algunas instancias en mi trabajo de campo fue parte de mi investigación conceptual y teórica, no un medio para llegar a ella.

Entonces: ¿qué hice con el incidente de manera práctica y conceptual? Cronológicamente volví a mi casa y empecé a escribir todo lo que recordaba que acababa de pasar, del mismo modo que procedía con las notas de campo. Al día siguiente por la mañana recorrí varias organizaciones de ex soldados de Buenos Aires y Gran Buenos Aires ligadas con este dirigente, para decirles que él y su esposa me habían acusado de ser Servicio. Las respuestas fueron de dos tipos: algunos me respondieron –A nosotros no nos importa, no tenemos nada que esconder, mientras otros me dijeron –Lo que pasa es que el que es de Inteligencia es él. Estas respuestas, inmersas en una conversación que derivaba naturalmente hacia otros temas, me demostró que la acusación original no tenía el peso que yo podía atribuirle desde mi “ética absoluta de la investigación científica”, una especie de *códice* sobre lo que está bien y lo que está mal y que, como todo *códice*, jamás puede traducirse a la vida real y a la dinámica cotidiana. A los pocos días me fui a la sede de la organización del dirigente para hablar con él, no con su mujer. Me recibió de pie en un pasillo y me dijo que no sería la primera vez en antropología que se hace inteligencia, apoyándose (o tratando de apoyarse) en el desempeño de Ruth Benedict durante la Segunda Guerra Mundial. La situación fue bastante graciosa porque él intentaba dar con el nombre sin recordarlo, y yo lo miraba, sin ayudarlo, sabiendo a quién se refería. El dato él lo había aprendido cursando Introducción a la Antropología en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, en una cátedra que hacía mucho

(¿demasiado?) hincapié en que la antropología había nacido como sirvienta del colonialismo. Tras algunas disquisiciones y como él no mostraba suavizar ni fundamentar la acusación de su mujer hacia mí, me retiré cerrando el asunto y dispuesta a pasar las últimas notas de campo. Al año siguiente decidí hacer de todo esto un artículo, claro que alterando el nombre de la entidad y de mis expulsores.

## **EN BUSCA DE UNA INTERPRETACIÓN**

En EE.UU. ya era habitual este tipo de reflexiones sobre incidentes de campo, pero no en la Argentina ni tampoco—que yo supiera—en América Latina. Me interesaban sobre todo los desarrollos del libro de Judith Okely y Helen Callaway (1992), y también el artículo de la hija obediente, de Lila Abu-Lughod (1988). Sin embargo, la mayoría de estos escritos trataban de campos lejanos a la propia casa. Aunque yo había transcurrido un tiempo fuera del país, en 1993 ya estaba de vuelta trabajando para el CONICET y dando clases. ¿Cómo sería reflexionar sobre lo ocurrido, en mi propio país y ante mis propios colegas?

Releí la descripción del incidente y volví a reparar en algo que ya me había llamado la atención al momento de suceder: la mujer del dirigente me expulsaba por yo ser Servicio y, a renglón seguido, me amenazaba, ella y la organización de su marido, con perder mi “trabajo en Inteligencia” si no me alejaba de ellos. ¿Cómo podía ser tanta repulsión a los Servicios y tanto dominio de sus resortes para hacerme perder “mi trabajo”? Esta ambivalencia que hoy podríamos interpretar rápidamente dentro del campo de estudios antropológicos del Estado y sus bordes (por ejemplo, el

dossier compilado por Balbi y Boivin (1998) no era habitual a comienzos de los '90. Sin embargo, para mí era muy clara debido a la coyuntura: el movimiento de ex soldados estaba atravesado, todavía, por las sublevaciones-motines-rebeliones (según la orientación y postura del hablante) de oficiales y suboficiales ante la eclosión de los juicios por crímenes de lesa humanidad cometidos durante el gobierno de facto del auto-denominado "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983). Cuatro sublevaciones, conducidas por dos veteranos de Malvinas, las dos primeras por un Mayor y las dos siguientes por un Teniente Coronel, se sucedieron entre la Semana Santa de 1987 y el 3 de diciembre de 1990, y los procesos judiciales hacia el último dirigente y sus camaradas sublevados estaban en pleno desarrollo. Los movimientos de ex soldados se alineaban variablemente con y en contra de estas figuras que, sin duda, tenían un gran prestigio castrense debido a sus desempeños profesionales en el campo de batalla internacional. Quienes me habían expulsado podían estarme acusando de agente del SIDE desde el conflicto con el Teniente Coronel (a quien yo no conocía y sobre quien jamás me había pronunciado ni en privado ni públicamente) que ya estaba preso y se mantendría en esa condición hasta su muerte. En suma: las organizaciones de ex soldados se mostraban, a la vez, como parte del Estado (como veteranos de guerra) y como sus demandantes (reclamando pensiones de guerra, tratamiento médico, viviendas, reconocimiento público). Estos términos tan vivaces en semejante coyuntura eran fundamentales para entender qué había sucedido conmigo. Por eso no importaba ni cómo me había presentado a ellos, ni mi pertenencia al CONICET, ni el hecho de que muchos me conocieran hacía tiempo. La enunciación de la mujer del dirigente del movimiento de ex

soldados creaba el primer marco para la interpretación de la expulsión. La ambigüedad de los límites del Estado argentino me comprendía a mí misma.

Así las cosas, que yo me dispusiera a interpretar qué había sucedido en el incidente al pie de la Catedral y en los días subsiguientes, dependía en buena medida de mi formación y entrenamiento académico: la antropología social y el trabajo de campo etnográfico. ¿Cómo podría esto ayudarme para entender qué había pasado?

El primer desafío fue decidir bajo qué paraguas me disponía a analizar la situación. Podía haberlo hecho desde los estudios sobre el Estado, los estudios de stress post-traumático, la antropología de la jefatura política o el estudio de los movimientos sociales, muy en boga por entonces. Pero mi decisión fue analizar el incidente desde la literatura del trabajo de campo porque me seguía interesando probar que el método etnográfico no es un medio para investigar sino la investigación misma. Pensé, creí, y sostuve que avanzar en ese sentido (el incidente leído como un tramo del trabajo de campo) me permitiría identificar algunas de las tensiones centrales de mi trabajo final. Ahora bien. La literatura sobre trabajo de campo es vastísima. ¿Qué de toda ella? ¿Buscar situaciones análogas a las mías? ¿Revisar textos sobre las “técnicas” que yo había utilizado, a ver si las había aplicado correctamente? Ante la enormidad de opciones, releí mi descripción “en caliente” de los hechos de aquel 6 de abril. Al revisar la acusación y la amenaza de la mujer del dirigente me di cuenta que estaban planteadas como dirigidas a una persona que, supuestamente, decía hacer antropología pero hacía otra cosa, y todo esto en el mismo país de la nacionalidad de esa persona y de

quienes la expulsaban. Esto sumado a mi visita al dirigente y su recuerdo de Benedict como colaboradora del Departamento de Estado de los Estados Unidos me hicieron preguntarme por algo tan sorprendente como obvio en la Argentina. Es que la academia universitaria nacional parece entender *por default* que el espionaje y la investigación científica son opuestos irreconciliables. Esto claramente no siempre fue así, y los antropólogos y sociólogos involucrados en la acción política, explícita o no, son legiones. De hecho, el recurso al compromiso con tal o cual sector es casi una constante en los escritos y presentaciones de nuestros investigadores. Llevando esta lógica al campo opuesto, ¿qué tendría de reprochable poner mis conocimientos al servicio de un gobierno o una causa nacional que yo compartiera? Esto, que tanta reacción negativa podría provocar, no es ni más ni menos que la brega abierta de algunos antropólogos argentinos autoadscriptos como sociales que en los '70s afirmaban que la antropología debía tomar partido y hasta convertirse en partisana, una ciencia anti-sistema (Menéndez 1970:123). Es verdad que ese compromiso puede plantearse de muchas maneras, pero en los '70s estaba demasiado cerca de uno de los polos ideológico-político-militares en que se organizaba el país. De lo cual resultaba, para mí, una nueva pregunta: los antropólogos pertenecemos a la academia internacional de La Ciencia pero, además, somos nativos de cierto país y participamos de trayectorias que tienen un comienzo y un fin.

Una nutrida literatura de entonces se refería a los antropólogos nativos, y discutía las bondades y contrariedades de hacer antropología en el propio país del investigador. Por supuesto que los antropólogos del Tercer Mundo abogaban por las enormes ventajas de ser antropólogo nativo, mientras que los

36



metropolitanos entendían que trabajar lejos de casa contribuía a la objetividad del conocimiento (Jackson 1987; Messerschmidt 1981). Mi impresión era que ambos polos compartían un acuerdo básico: la natividad del investigador se definía por su credencial oficial. Por eso la británica Marilyn Strathern (1987) advertía en un artículo en la compilación de Jackson que no era nativo quien compartía la nacionalidad con sus informantes, sino aquél que era reconocido como tal por sus sujetos de estudio. Esta observación plantaba la “natividad” del antropólogo en el seno mismo de la relación con nuestros interlocutores, cosa que me sonaba muy similar a mi forma de entender y de usar la “reflexividad”: no como reflexión; no como identificación de un rasgo diacrítico de mi persona en el campo; sí como un modo de proyectarnos unos a otros la definición de qué estamos haciendo allí. Claro que esa proyección puede no ser recíproca, como suele sucedernos al principio de nuestros trabajos. Por eso solemos tolerar a nuestros interlocutores cuando nos identifican con servicios de inteligencia, suponiendo que al vernos con asiduidad, cambiarán su forma de pensar. Este supuesto es muy discutible, pero para no desviarme del incidente del '93, y al cabo de mis lecturas, no podía evitar preguntarme: ¿Cuatro años después? Se supone que en ese lapso ya les había transmitido de muchas maneras que yo era inofensiva, discreta, ética y todo lo demás. Y sin embargo, ahí estaba la acusación. ¿En aras de qué se esgrimía? ¿Con qué finalidad?

Supuestamente, la acusación me estaba expulsando (“mantenete lejos”). Sin embargo, si uno leyera atentamente la sugerencia de Strathern y también los contradictorios términos de la acusación, surgiría que la expulsión podía coexistir con el reconocimiento de la común pertenencia a la misma nación. En efecto, no se me acusaba de trabajar para la CIA ni el Pentágono,

para el Mossad o la KGB. La esposa del dirigente me acusaba de pertenecer al servicio de inteligencia del Estado Argentino<sup>4</sup>. Por mi parte yo debía pasar de la lógica ideológico-política a la antropológica, es decir, de la caza de brujas (quién es verdaderamente de un Servicio de Inteligencia) al análisis de las acusaciones de brujería como constructoras y viabilizadoras de relaciones sociales, tal como han hecho E.E.Evans-Pritchard con los Azande (1937), Esther Hermitte con los pinoltecos de los Altos de Chiapas, México (1970), más recientemente Jeanne Favret-Saada con los franceses del Loire, Francia (1977), y visto desde el trabajo de campo, Laura Colabella con mujeres de una organización piquetera del Gran Buenos Aires (2014).

Ahora bien: habida cuenta de mi probada natividad (pertenecer a un servicio de inteligencia nacional), quedaban dos cuestiones pendientes: una, quién me expulsaba y otra, si se me expulsaba. Los pongo en este orden porque es el que corresponde por lo siguiente.

La primera cuestión es que yo fuera expulsada por ser “servicio”, por parte de gente que dice tener resortes dentro del Servicio estatal de inteligencia, es algo contradictorio que muestra no sólo nuestra ambigua membrecía del Estado, sino también el carácter ambiguo de la expulsión misma. Esto quedó muy claro con la respuesta de la mayoría de los centros de ex soldados que visité

---

<sup>4</sup> Ni siquiera el dirigente lo hizo cuando trataba de recordar el nombre de Benedict. Por mi parte, la acusación de colaborar con la CIA o con alguien que trabajara para la CIA no me hubiera sorprendido, porque fueron los términos que tantas veces se plantearon al interior de la academia argentina de los años '60 y '70, generalmente sin ningún fundamento sustantivo y demasiado fundamento político.

al día siguiente del incidente. Quedaba claro, pues, que ese era un lenguaje interno, un instrumento de la lucha política dentro mismo del movimiento de ex soldados. La segunda cuestión es que el dirigente, cuando me recibió, me dijo que la suya no era una organización de mujeres de veteranos de guerra, sino de veteranos de guerra, con lo cual ponía él mismo de relieve algo que yo había notado en el incidente: no me echaba él sino ella, su mujer. En el artículo que escribí en 1994 a raíz de lo sucedido en 1993 y que saldría publicado en 1995, hice algunas disquisiciones al respecto, de las que hoy no estoy tan segura; decía entonces que una mujer suelta y joven en un mundo de hombres puede ser vista como peligrosa (y de hecho, uno de los ex soldados con los que conversé en los días siguientes me dijo que si él tuviera que poner un agente de inteligencia en el movimiento, elegiría una mujer!). Este argumento iba en cierta sintonía con la primera interpretación que me dio la mayoría de mis colegas cuando les conté lo ocurrido: ella estaba celosa de mí como mujer. Desmerecí el asunto porque nada podía hacer sospechar una relación confusa con su marido, a quien hacía años que no veía. Sin embargo, hoy y al cabo de mis investigaciones siguientes, puedo admitir que la presencia de una mujer sola en un mundo de hombres, alerta a las mujeres de esos hombres. Aún así, en mi interpretación de aquel incidente la lógica de la competencia femenina estaba, pero subordinada a la lógica de la acción político-estatal (agente del SIDE).

## **ENSEÑANZAS DE UN INCIDENTE DE CAMPO**

Hasta ahora se me podría objetar que todo cuanto escribo está estrechamente referido a un “caso” particular, a aquel

incidente del 6 de abril de 1993 protagonizado por esa mujer de ese dirigente (quien tuvo otras esposas antes y después de ella) y esta antropóloga. Sin embargo, mi propósito aquí fue mostrar cómo traté de convertir un incidente etnográfico ligado a mi actividad de investigadora académica, en un punto revelador de mi objeto de investigación. Pero ¿no es que hacemos ciencia para tender a la generalización? ¿A quién le importa qué le pasó a Rosana si, finalmente, pudo reponerse y escribir su tesis? En todo caso, la respuesta más valiosa emerge del valor de tratar con personas individualizadas a lo largo de nuestros trabajos de campo. Es bastante habitual escuchar en cursos de metodología y talleres en ciencias sociales que, con unos pocos casos no se puede hacer una tesis. Desde la extraordinaria obra *Mozart, sociología de un genio*, de Norbert Elias, hasta la profundamente humana y antropológica *El por qué de los que van*, de Julieta Quirós (2011), las individualidades pueden ser comprendidas como partes de tramas sociales. Lo mismo sucede con las situaciones que atravesamos los investigadores y las decisiones que tomamos constantemente a lo largo de nuestros estudios. Escindir, escolásticamente, qué de lo ocurrido me perteneció como persona no-profesional y qué como persona profesional, me parece una tarea vana e inconducente debido, entre otras razones, a que el trabajo de campo compromete toda nuestra persona como una unidad y su elaboración sucede dentro nuestro. Sólo una mínima parte—pero una parte imprescindible—se elabora y muestra en las notas de campo, en los informes, y en los sucesivos borradores hasta la instancia final. Fue leyendo y re-leyendo esas notas expuestas como una descripción etnográfica preliminar, como un espejo en el que podía verme, que conecté el incidente con un debate vigente en la literatura sobre trabajo de campo: el de los

antropólogos nativos. Pero ¿por qué fui a la literatura sobre trabajo de campo y no, por ejemplo, a la de antropología política? Porque me interesaba tratar el incidente como parte del trabajo de campo etnográfico, habida cuenta que tres años antes se había publicado *El Salvaje Metropolitano* donde postulaba cierto uso del concepto de reflexividad. La idea subyacente en mi decisión de “hacer algo con” el incidente era que analizar las “reflexividades en juego” (la mía y las de mis interlocutores) debía enseñarme sobre mi propia investigación (la sustantiva). Así, abonando los debates sobre trabajo de campo, podría acercarme o ir proyectando algo de las conclusiones de mi tesis doctoral (para lo relativo al concepto de reflexividad y sus usos en nuestro país ver introducción y artículos contenidos en Guber 2013).



Leer el incidente desde las discusiones sobre los antropólogos nativos fue acertado porque el campo que yo estudiaba no dejaba de referirse a la Nación, la Patria y su defensa. Cuando lo conocí en Buenos Aires haciendo investigación sobre la guerra sucia/antisubversiva/terrorismo de Estado, el antropólogo holandés Antonius ‘Tony’ Robben me dijo sueltamente que le parecía adecuado que un antropólogo extranjero acometiera el tema que él trataba, y que una antropóloga nacional encarara Malvinas. No puedo juzgar si era exactamente así, y hay hechos que prueban lo contrario, aunque la observación de Robben iba precisamente por la línea de corte entre nativos y extranjeros. Ahora bien: siguiendo con la sugerencia de Strathern, conviene preguntarse por los matices de ser nativo/nacional. Aplicado a mi incidente ¿es que se me expulsaba por estar ligada con intereses anti-argentinos, como una especie de traidora de los intereses nacionales? No lo creo, porque la de Servicio era una acusación demasiado corriente entre ellos mismos. Por eso, si yo hubiera

comprendido la amonestación de la mujer del dirigente como una expulsión lisa y llana, cosa que bien parecía, hubiera cometido un error. Creo que me estaban tratando de sacar del juego, asustándome más bien. Tal era su reflexividad: ella y su marido (mediando, claro, algún matiz de género) creaban el marco en que yo debía comprender lo que sucedía como un caso de traición a la Patria pero dentro de la Nación. Decididamente esta no era mi reflexividad (ni siquiera a los cuatro años de haber comenzado). ¿Cómo definía yo la situación? Como la de una investigadora en ciencias sociales que va con la verdad de la ciencia para conocer intersubjetiva pero objetivamente la perspectiva de los ex soldados del '82 y vincularla con las problemáticas teóricas de mi disciplina.

¿Por qué son estas consideraciones importantes si las investigaciones sociales están repletas de “malentendidos”, “pasos en falso” y “metidas de pata”? Porque sólo es posible continuar la investigación con personas si ellas nos lo permiten, y si ambas partes trabajamos para superar los malentendidos, haciendo las debidas aclaraciones y apostando a continuar. Después del incidente y mi visita al centro de ex soldados del dirigente, ya no volví a trabajar con él. Pero en el período siguiente, y como vecina de la misma ciudad, tuve incontables encuentros casuales con gente de su entorno, con quienes conversé sobre distintas cuestiones. También seguí consultando a otros ex soldados, y así concluí mi investigación.

¿Cuál era su tesis principal? Que quienes habían sido soldados en 1982 participaban de un status liminal (es decir, intermedio, ambiguo) en la sociedad argentina. Ese status se establecía, en primer lugar, por su carácter no definido entre la

adolescencia y la adultez masculinas. Los ex soldados no habían pasado a la mayoría de edad pese a transitar un rito de paso fundamental en la Argentina del siglo XX como fue la conscripción universal masculina y obligatoria, el Servicio Militar instaurado en 1901 para los argentinos civiles. Y pese a haberlo transitado con una guerra a cuestas. Esto, obviamente, se expresa en un lenguaje metafórico porque los ex soldados están hoy muy cerca de los 60 años de edad y ciertamente son adultos masculinos. Pero no es este el punto (incomprendido por algunos de mis lectores, p.ej., Lorenz 2006) que deseo hacer aquí. El punto es que la sociedad civil y política los ha tratado como “chicos” y congelado en ese estado, que es el que tenían cuando partieron al Sur. Los ex soldados llevan consigo la distinción, que es también la mancha, de haber participado con las FF.AA. argentinas en un escenario bélico internacional, en condiciones sumamente difíciles en términos logísticos, climáticos y tácticos. Congelados en el imaginario argentino como “los chicos de la guerra”, ellos regresaron al continente con 19 y 20 años de edad, es decir, entre la edad de la conscripción y la de la mayoría de edad (21, en aquel entonces; hoy 18), con lo cual estaban impedidos de tomar por sí mismos algunas decisiones (p.ej., tipo de tratamiento médico, administración de una indemnización, compra de un arma de fuego). Henos aquí la ambigüedad de los ex soldados que habían nacido como tales durante un régimen político-militar ya sumamente impopular, pero que desarrollarían la mayor parte de su vida adulta bajo un régimen democrático. Ni plenamente civiles ni plenamente militares; ni plenamente menores ni plenamente adultos, los ex soldados desafiaban el sistema político-clasificadorio de la época, es decir, el de la transición a la

democracia que se abrió apenas después de la conclusión de la guerra.

Tal como pude descifrarla, aquella ambigüedad dentro/fuera del Estado de mi expulsión en 1993 era análoga a dentro/fuera de la ciudadanía de los ex soldados, la misma ciudadanía que había acordado enviar a sus hijos a una guerra, obedeciendo a la normativa vigente del Servicio Militar, que el progresismo de izquierda siempre apoyó por tratarse, potencialmente al menos, como “el pueblo en armas”. El status ambiguo o liminal que no terminaba de pasar de chico a adulto, convertía a los ex soldados en seres liminales de por vida, igual que otros personajes también masculinos que encarnan distintos ambientes, status, etapas de la vida, que han hecho famosa a la Argentina, tal como mostrara Eduardo Archetti en *Masculinidades* (2006 cast. 1999 ingl.) con el futbolista, el polista y el bailarín de tango. Estos personajes encarnan seres que habitan espacios vacíos, periféricos, y que nunca llegan a integrarse plenamente al *establishment*. A diferencia del padre de familia burguesa, estos otros hombres son inciertos, ubicuos, irresponsables y, sobre todo, creativos. El “pibe del potrero”, “el gaucho de las pampas, a campo traviesa”, y “el compadrito de los arrabales” reviven una y otra vez en el futbolista, el polista y el bailarín, sin avenirse a las normas. Con los ex soldados sucedió algo semejante, salvo que su origen no ocurrió en los intersticios de la sociedad ni en sus pliegues informales, sino en las entrañas mismas del Estado, en su brazo armado, en las Fuerzas Armadas (Guber 1999, 2004, ~~2011~~). En suma: si a algo se resistió la mayoría de los ex soldados durante la posguerra fue a ser identificados con otra categoría existente (desaparecidos, militares, niños) y a ser encasillados en alguna categoría de pertenencia que no fuera la propia (p.ej., en los

44



espacios de algún oficialismo, como de izquierda o de derecha, etc.). En su totalidad, el movimiento de ex soldados siguió pensando y actuando desde los márgenes e intersticios, porque su valor para la sociedad civil y política argentina siempre fue el de desafiar lo establecido, el de “ir con lo puesto”, el de “entregar todo sin pedir nada a cambio”, el de ser mandados en representación del pueblo argentino, aunque después el pueblo argentino los recibiera en silencio, menos por indiferencia que por vergüenza, acaso por arrepentimiento.

Pasaron los años y yo seguí viviendo en mi país y en mi ciudad, Buenos Aires. El mismo país que el del dirigente y su entonces esposa. Los tres fuimos atravesando los avatares nacionales, las crisis económicas, las elecciones, y cada 2 de abril. Con el tiempo, supe que el dirigente había sido separado de su organización por un exceso de celo que tendía a expulsar a la gente bajo el mismo cargo o uno parecido al que había esgrimido conmigo, y entiendo que la gran organización que él dirigía ya no existe. Sin embargo, fue en 2007 cuando volví a encontrarlo en una ceremonia en el Congreso de la Nación Argentina. Se levantó de su asiento y se dirigió al mío, me abrazó calurosamente y me presentó a otra persona que estaba con él como “una gran antropóloga” de la cuestión Malvinas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abu Lughod, Lila. 1988. "Fieldwork of a Dutiful Daughter" en *Arab Women in the Field. Studying your own Society*. Soraya Altorki y Camillia Fauzi El-Solh (eds.). Syracuse, Syracuse University Press, 139-161.
- Agar, Michael. 1980. *The Professional Stranger. An Informal Introduction to Ethnography*. New York, Academic Press.
- Archetti, Eduardo P. 1999. *Masculinities*. London, Berg.

- Boivin, Mauricio; Ana Rosato y Victoria Arribas (orgs.) 1998. *Constructores de Otriedad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Bourdieu, Pierre y Loic J.D. Wacquant. 1992. *An invitation to Reflexive Sociology*. Chicago, Chicago University Press.
- Briggs, Charles L. 1986. *Learning how to Ask*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Briggs, Jean L. 1970. *Never in Anger*. Cambridge US, Harvard University Press.
- Clifford, James & George E. Marcus (eds.) 1986. *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press.
- Colabella, Laura. 2014. "Te vamos a ir a buscar.... Un caso de brujería en los límites de la observación participante" en Rosana Guber (comp.) *Prácticas etnográficas*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Crapanzano, Vincent. 1980. *Tuhami. Portrait of a Moroccan*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Dwyer, Kevin. 1982. *Moroccan Dialogues. Anthropology in question*. Illinois, Waveland Press.
- Elias, Norbert. 1994/1991. *Mozart. Sociología de um génio*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Evans-Pritchard, E.E. 1976/1937. *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*. Barcelona, Anagrama.
- Golde, Peggy (ed.) 1970. *Women in the Field*. Chicago, Aldine Publishers. Introduction by P.Golde.
- Guber, Rosana. 1991/2004. *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Ediciones Legasa/Editorial Paidós.
- 1995. "Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo". *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. IV(5):25-46. Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas de la República Argentina.
- 1999. From chicos to veteranos. Argentine memories of the Malvinas War (1982). Rochester, UMI Ph.D. Thesis.
- 2004/2012. *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas (1982)*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia/ La Plata, Ediciones al Margen.
- (comp.) 2014. *Prácticas etnográficas*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Hermitte, Esther. 1970. *Poder sobrenatural y control social*. México DF, Instituto Interamericano Indigenista.
- Jackson, Anthony (ed.) 1987. *Anthropology at Home*. London and New York, Tavistock Publications.
- Lorenz, Federico. 2006. *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires, Edhasa.

- Menéndez, Eduardo. 1970. "Ideología, ciencia y práctica profesional" en Autores Varios, *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo: 101-124.
- Messerschmidt, Donald A. (ed) 1981. *Anthropologists at Home in North America*. Cambridge University Press.
- Okely, Judith y Helen Callaway (eds.) 1992. *Anthropology & Autobiography*. London, Routledge, ASA Monographs 29.
- Powdermaker, Hortense. 1966. *Stranger and Friend. The Way of an Anthropologist*. New York, W.W.Norton & Company.
- Quirós, Julieta. 2011. El por qué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida). Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- Rabinow, Paul. 1977. *Reflections on Fieldwork in Morocco*. Berkeley, University of California Press.
- Strathern, Marilyn. 1987. "The limits of auto-anthropology" en Anthony Jackson (ed.) *Anthropology at Home*. London, Tavistock Publications, 16-37.
- Wax, Rosalie H. 1971. *Doing Fieldwork. Warnings and Advice*. Chicago, The University of Chicago Press.